

# SOCIETÀ DEL SACRO CUORE – CASA GENERALIZIA

los proyectos de su corazón de edad en edad...  
para arrancar sus vidas de la muerte  
y darles el alimento en tiempo de hambre  
(Sl. 32, 11.19)

## FIESTA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS 2003

### CELEBRANDO 150 AÑOS DE LA PRESENCIA DE LA SOCIEDAD EN AMERICA LATINA

27 junio 2003

Ref. 03/113

Mis queridas Hermanas:

Esta carta tuvo su origen remoto en nuestra pequeña comunidad de Campanas, en la provincia de la Rioja, Argentina, conocida como “tierra de mártires” debido a los asesinatos, en 1976, del Obispo Enrique Angelelli, dos sacerdotes y un laico, por estar del lado de los pobres, por unirse a su lucha por una vida más digna. Esa visita, en julio pasado, me tocó profundamente. Me conectó con mi propia “conversión”, hace muchos años, inspirada en el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos y el asesinato de Martin Luther King; ahondada doce años más tarde con la muerte del Arzobispo Oscar Romero en El Salvador. Estos hombres, así como otros hombres y mujeres a quienes les quitaron la vida porque eran la voz de los pobres y por consiguiente una amenaza a quienes estaban en el poder, continúan siendo inspiración y desafío. Durante esos días en Campanas me encontré a mí misma preguntándome: ¿realmente los pobres están en el centro de mis pensamientos, mis decisiones, mi corazón, mi vida? ¿Jesús pobre me reconoce como suya? ¿Reconoce a la Sociedad situada al lado de quienes el mundo no valora? ¿Estoy viviendo la vida, que he entregado, con toda la radicalidad que puedo...?

Estas preguntas que me inquietaron entonces todavía me persiguen, así como estas palabras de las Constituciones de 1815:

*“Todas estén íntimamente persuadidas de que es tan esencial a la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús el espíritu verdadero de pobreza, que si llegase a perderlo, Jesucristo no la reconocería ya por suya, y la abandonaría a sí misma, es decir, a su próxima ruina”.*

(Sumario de las Constituciones 1815, #339, del voto de pobreza)

En Campanas sentí que en algún momento iba a escribir una carta a la Sociedad invitándola a reflexionar sobre esto. Durante años me he preguntado cómo puedo vivir mi voto de pobreza – mi seguimiento de Jesús pobre – con más coherencia. Ahora que me encuentro en un servicio que toca a toda la Sociedad, me pregunto lo mismo en nombre de todas nosotras. Tengo la impresión que muchas de las que hemos escuchado el clamor de los pobres nos esforzamos por vivir auténticamente la pobreza en medio de una revolución tecnológica que ha aumentado la brecha entre ricos y pobres, en un mundo que nos urge a consumir más y más, en una sociedad “del tirar”, que valora la eficiencia y la velocidad más que el cuidado de la tierra y de la relación. Les ofrezco ahora mi propia reflexión con cierta timidez, no sólo porque me siento inadecuada para la tarea, sino porque además soy consciente de nuestra gran diversidad de culturas, realidades políticas y económicas, edades, teología y experiencia. Al tratar de decir una palabra que llegue a todas, corro el riesgo de no llegar a nadie. ¿Cómo decir lo mismo a quienes están en países pobres que a quienes viven en países de abundancia? ¿A quienes proceden de ambientes ricos o a quienes han crecido en la pobreza? Nuestra diversidad es a la vez riqueza y desafío que nos impulsa a profundizar hasta llegar al punto en el que coincidan nuestros valores y convicciones, y desde el que juntas, somos llamadas a avanzar en mayor hondura. Deseo invitar a todas – **personas, comunidades, provincias y Sociedad** – a preguntarse **¿dónde estamos en nuestro decidido deseo de seguir a Jesús pobre?**

Al preparar esta carta tomé un tiempo para reflexionar lo que ha vivido durante este año cada uno de los países donde la Sociedad está presente. Si bien ha habido momentos luminosos (algunas elecciones públicas positivas, gestos de solidaridad en medio de dificultades, iniciativas de las bases que han tenido éxito) la sensación es la de una comunidad mundial presa por un sentimiento de indignación, desconfianza, impotencia. A pesar del arco iris de las banderas de “paz” que cuelgan en miles de ventanas y balcones de Roma, testigo silencioso del clamor general contra la guerra en Irak, la violencia en nuestro mundo, ya sea fortuita o premeditada, parece aumentar. Y el compañero de la violencia es el miedo. **El miedo está en el aire que respiramos** no importa el continente en el que vivamos... miedo al terrorismo o a ataques de rebeldes, miedo a las tensiones inter-religiosas, miedo al SIDA o al más reciente virus el SARS (que ha sido descrito como una “enfermedad globalizada”), miedo a los desastres naturales, miedo al colapso económico, miedo a los líderes políticos que traicionan a su propio pueblo e indignación ante su falta de respeto de la soberanía de otras naciones. ¿Qué ha pasado con la esperanza que experimentamos al anticipar un momento nuevo en el alba del nuevo milenio? Somos parte de nuestro mundo y, junto con nuestros hermanos y hermanas de todas las naciones, razas y credos, nos sentimos vulnerables e inseguras ante un futuro incierto.

## **La presencia de la Sociedad en América Latina**

En un tiempo de tanta incertidumbre y ansiedad, ponernos en contacto con la fidelidad de Dios a través de la historia puede ser nuestra ayuda y fortaleza. Recordemos a quienes han existido antes que nosotras, a aquellas que vivieron nuestra vocación en tiempos muy diferentes a los nuestros aunque también desafiantes. Parece que cada año está marcado por un aniversario significativo! El año pasado fue el 150 aniversario de la muerte de Filipina

Duchesne y este año, 2003, celebramos el **150 aniversario de la presencia de la Sociedad en América Latina**. Hay una cercana conexión entre los dos hechos, porque Anna du Rousier, la primera RSCJ que llegó a suelo Latinoamericano, no era extraña para Filipina. Tomemos un momento para familiarizarnos con esta gran mujer a quien quizá muchas no conocemos.

Como Filipina, Anna nació en Francia. Se encontraron por primera vez en Poitiers cuando Anna era una joven estudiante, justo antes de la partida de Filipina hacia América en 1818. El celo de Filipina prendió en el corazón de Anna. Cinco años más tarde, a la edad de 16 años, Anna entró a la Sociedad. El obispo que impuso el velo blanco a la novicia, asombró a los presentes con sus palabras proféticas: “Tú serás, en las manos de Dios, como la hoja llevada por el viento, como la semilla echada en tierras lejanas para dar fruto: abandónate pues al soplo de la gracia”. Y realmente Anna fue a lugares lejanos: al norte de Italia donde fundó 8 conventos, así como uno en Austria y otro en Polonia. Echada del Piamonte (Italia) por la revolución de 1848, fue enviada como Maestra General a la Rue de Varenne en París. Al cabo de tres años, Sofía la mandó a visitar los conventos de Norte América como su representante. Llegó a Saint Charles durante una tormenta de nieve, mientras Filipina agonizaba. Filipina le pidió su bendición, bendijo a su vez a Anna e intercambiaron su Cruz de profesión. Dos días después moría, habiéndole “pasado la antorcha”.

Después de estar un invierno en Grand Coteau, Natchitoches y St. Michael’s en Louisiana, Anna visitó las casas del norte. Fue en Buffalo, Nueva York, donde recibió la carta de Sofía anunciándole una oportunidad para salir hacia Chile desde la ciudad de Nueva York unos días más tarde, para “ver” si existía la posibilidad de realizar una fundación allí. (Sofía no tenía idea de la distancia que suponía!) A diferencia de Filipina, quien pareció olvidar el precio de ir a lo desconocido, Anna pasó una noche de agonía ante el Santísimo Sacramento, luchando con el miedo a la aceptación y abrazando el deseo de su superiora general. Más tarde escribió a la Madre de Limminghe:

“Sólo a Ud. le confío que en esa circunstancia experimenté el mayor combate interior de mi vida. La perspectiva de trasladarme del borde del lago Erie hasta casi la extremidad de la América Meridional, despertaba en mí tal repugnancia y rebelión, que toda una noche, la que siguió a la llegada de la carta, la pasé en una terrible lucha. Verdaderamente creo que experimenté algo de la agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos: el corazón, la mente, la imaginación, todo estaba agitado y trastornado; los peligros de ese largo viaje, el aislamiento, el abandono, las dificultades en las que me iba a encontrar, otros mil miedos y aprehensiones me asustaban de tal modo que, a pesar de mis súplicas y oraciones, sentía desfallecer mi alma. Sin embargo después de reiterados actos de aceptación de *todo* y de abandono por *todo*, repitiendo desde el corazón, a pesar de la tempestad, el *ita Pater*, la tormenta se calmó y una gran sensación de abandono y de amorosa paz se estableció en mi alma”<sup>1</sup>

El viaje de Anna a Chile, incluída una escala en Jamaica, es como una novela. Llegó a Santiago el 14 de setiembre de 1853. Luego fundó otras casas en Chile: Talca, Concepción, Valparaíso y Chillán, así como también otras en Lima, Perú y en Buenos Aires, Argentina. En el momento de su muerte en 1880 en Santiago, la Sociedad estaba muy bien asentada en

---

<sup>1</sup> Madeleine d’Ernemont, *La Vie Voyageuse et Missionnaire de la Révérende Mère Anna du Rousier, Religieuse du Sacré-Coeur*, 1932, pp. 112-13

Latinoamérica. “La semilla echada en tierras lejanas” claramente había dado fruto y su fruto permanece.

## **El don de América Latina a la Sociedad**

La vida de Anna de Rousier, como la vida de tantas de nuestras primeras madres en la Sociedad, es asombrosa e inspiradora. Su generosidad y valor nos estimulan. Pero no es suficiente maravillarnos del modo cómo la Sociedad encontró su camino hacia Chile y Latinoamérica hace 150 años. Este aniversario es **una oportunidad para celebrar y agradecer a Dios las vidas entregadas por amor durante esos años, y especialmente para reconocer con profunda gratitud, la contribución de nuestras hermanas de América Latina a la renovación de la Sociedad desde el Vaticano II.** Su capacidad para leer los signos de los tiempos y la coherencia de sus elecciones han sido y siguen siendo un ejemplo y desafío para todas nosotras.

Pienso que podemos decir con verdad que a través de ellas especialmente, hemos tomado conciencia como Sociedad del hecho que la mayoría de nuestros hermanos y hermanas viven en pobreza, y que nuestro seguimiento de Jesús pobre, humilde y crucificado nos lleva inexorablemente a encontrarLo en el pobre, marginado y excluido de este mundo. Siendo norteamericana, he deseado a menudo vivir, en lo que desde fuera, parece ser una clara situación de América Latina, y que mis visitas a Brasil, Argentina y Uruguay han confirmado. Nuestras hermanas Latinoamericanas son las primeras en señalar que cada obispo no es un Helder Camara o un Samuel Ruiz, que la Iglesia de los pobres es más visible en unos lugares que en otros; pero las orientaciones dadas por la Iglesia en la II Conferencia Latinoamericana de Obispos en Medellín, Colombia, en 1968, fueron muy claras. Y fueron llevadas con fuerza y urgencia al Capítulo General de 1970, donde por primera vez como Sociedad, afirmamos claramente que deseábamos vivir en **solidaridad con los pobres, solidaridad con el Tercer Mundo,** con una nueva conciencia de nuestra **comunidad internacional** “una y necesariamente pluriforme”. Reafirmamos **nuestra misión educadora como servicio de Iglesia,** reconociendo la necesidad de examinar el valor apostólico de nuestras instituciones, y reconocimos la necesidad de renovar profundamente nuestra vida en **verdaderas comunidades evangélicas.** Este es el Capítulo en el que expresamos:

*“o vivimos en verdad esta fraternidad  
según el espíritu de las Bienaventuranzas,  
o perdemos nuestra razón de ser.”*

*(Capítulo General 1970, pg.10)*

## **Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados ustedes los pobres**

El Capítulo General de 1970 llevó a la Sociedad a afrontar “la interpelación de un mundo en el que tantos hermanos nuestros sufren y no pueden llevar una vida verdaderamente humana” (pg.10). Fue esta toma de conciencia a través de los últimos treinta años, ésta búsqueda no exenta de dolor y lucha, la que ha dado un nuevo sentido a nuestro voto de pobreza, y ha llevado a la Sociedad más allá de la ascésis personal (ciertamente imitando la pobreza de Jesús) a una opción por el pobre que se expresa en **un esfuerzo constante de confrontar y contribuir a la transformación de las estructuras económicas, políticas, culturales y religiosas que mantienen y promueven el dominio de los ricos y poderosos sobre la gente común y sobre los pueblos.** Si la opción por los pobres es un compromiso de la Iglesia universal y cada cristiano debe denunciar las estructuras injustas de la sociedad, para

los religiosos, desde el Vaticano II, ha sido una fuente de transformación.<sup>2</sup> De hecho en muchas de nuestras comunidades se está dando esa transformación.

La libre elección de hacer un voto de pobreza ha sido siempre “contra-cultural” – el deseo de poseer está en cada corazón humano – pero en los años recientes, cuando la codicia es en nuestro mundo desenfadada y el deseo de los bienes materiales se da por supuesto, ¿quién en su sano juicio puede *elegir* una vida de pobreza? Y además el hecho de pertenecer a una congregación religiosa nos hace ser parte de la minoría privilegiada de nuestro mundo. Ciertamente Sofía experimentó también esta misma paradoja, como lo evidencia la sección de las Escuelas de pobres en las Constituciones de 1815: “*En medio de estas pobres niñas hallarán nuevo motivo para humillarse, considerando que mientras a ellas, religiosas, que han hecho voto de pobreza, no les falta nada, aquéllas sin tener el mismo compromiso, carecen de todo.*” (#350). Eso era en 1815. Casi 200 años más tarde, ¿dónde estamos, personal y comunitariamente, en relación a la vivencia diaria de nuestro voto de pobreza? ¿Qué significa vivir el voto de pobreza en nuestras diversas realidades: en Indonesia, Estados Unidos, Haití, Australia, en el Congo, Alemania, Venezuela... en cada uno de los países donde estamos? ¿Los pobres... Jesús pobre... están en el centro de nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestro corazón, nuestra vida?

Me ha ayudado en esta reflexión una charla dada a principios de marzo por el Padre Ghilain Ndonji, ofm, en una reunión de religiosos en la República Democrática del Congo. Habló de cómo **Jesús no fue sólo la encarnación de Yahweh, el “Dios de los pobres”, “Dios para los pobres”, sino que fue mucho más allá, convirtiéndose El mismo en “Dios pobre”**: despojándose a sí mismo, haciéndose uno de nosotros, abriendo sus brazos en la cruz en total vulnerabilidad, obedeciendo hasta la muerte.

El P. Ndonji continúa diciendo:

“A través del voto de pobreza, no sólo tenemos el deber **de ser para los pobres...** tenemos igualmente la obligación **de ser pobres**, por lo menos si deseamos seguir el ejemplo de Jesús. Pero me he dado cuenta que de hecho, somos más especialistas y defensores de los pobres que, nosotros mismos, pobres. Experimentamos gran dificultad para realizar la síntesis de Jesús; “ser para los pobres” y “ser pobres”. Esto es lo que he llamado *la crisis de la verdad.*”<sup>3</sup>

Esta síntesis es una *llamada real* a vivir en coherencia, unidas y conformes al Corazón de Jesús que vivió su desapropiación en proceso. Fijando la mirada en El, podremos aprender a ser *para* los pobres, cualquiera sea nuestra edad o apostolado, “participando en la acción transformadora de Dios en personas y sociedades” (Capítulo General 2000 p.17). Fijando la mirada en El, podremos aprender a *ser* pobres en nuestras actitudes, nuestras opciones, y en

---

<sup>2</sup> Para desarrollar más la “opción por los pobres” como integral a la vida cristiana y al voto de pobreza ver Donal Dorr, “Option for the Poor: A Hundred Years of Vatican Social Teaching,” Dublin, Gill and Macmillan, 1983 y Pedro Trigo, S.J. Consagrados Hoy al Dios de la Vida, Santander, Sal Terrae, 1995

<sup>3</sup> Père Ghilain NDONJI, ofm, “La problématique de la pauvreté religieuse dans un contexte de misère sociale. Une question de choix et de liberté”, ASUMA-USUMA Colloque sur la Vie Consacrée, Kinshasa, 2-8 mars 2003

la aceptación de nuestras debilidades, incluyendo la enfermedad, dependencia y la extrema pobreza de nuestra propia muerte a la que ninguna puede escapar. **Es la pobreza de Jesús, libremente escogida por amor, la que nos une en alma y corazón** y anuncia que un nuevo mundo es posible, el Reino de Dios donde se secará toda lágrima y donde no habrá más hambre, violencia ni miedo.

Esa unión se profundiza también al poner en común todo lo que somos y tenemos: al vivir verdaderamente la **comunidad de bienes**. En un mundo que cada vez se hace más y más individualista, queremos ser como una familia, sin fronteras, donde el don de cada persona, comunidad, provincia es recibido con gratitud y donde todos reciben de acuerdo a su necesidad, donde “tu dolor es el mío; tu necesidad es la mía y la tengo que satisfacer”. Agradecemos a la Comisión Internacional de Finanzas por iniciar una reflexión sobre la comunidad de bienes, en respuesta a la recomendación del Capítulo General 2000 “de reforzar la comunidad de bienes en la provincia y entre las provincias” (p.47). Cuando usamos el término “comunidad de bienes” tendemos a pensar inmediatamente a nuestras finanzas. Pero tiene otro aspecto importante: compartir el personal. Nuestra comunidad internacional es muy diferente a lo que era hace treinta años, cuando muchas RSCJ de corazón generoso se ofrecían para ser enviadas donde hubiera una necesidad. Todavía hay grandes necesidades y todavía hay corazones generosos dispuestos para ser enviados, pero las provincias que fueron la fuente de “vocaciones misioneras” están envejeciendo. **Hace treinta años dimos de nuestra abundancia. ¿Podemos ahora encontrar la manera de dar desde nuestra pobreza?** ¿Hay provincias que antes recibieron y que ahora pueden dar? No son sólo jóvenes las que se necesitan. A menudo una persona mayor con sabiduría y experiencia puede ser una bendición.

Siempre conscientes de la necesidad de “obreros para la mies”, no desestimemos “en casa” el don de nuestras mayores, quienes viven su disminución con manos abiertas. Su oración y solidaridad con las provincias en necesidad es una manera evangélica de participar en su misión – nuestra misión común – no importa dónde la vivamos.

## **Conclusión**

Mientras escribía esta carta, una de esas personas de “vocación misionera”, nuestra hermana Czeslawa Lorek murió trágicamente en la República Democrática del Congo. Compartió la suerte de tantas personas de ese país, desgarrado durante años por la violencia, muchas veces instigada por otras naciones, ávidas de explotar sus ricos recursos naturales. Czes que está ahora cara a cara con Dios, con Sofía, Filipina y Anna, en la comunión de santos de la Sociedad, interceda por el país por el que ha dado su vida, por su país natal Polonia, por nuestro mundo, y por todas nosotras, para que vivamos nuestra opción por los pobres tan coherentemente como ella.

Mientras fijamos la mirada en Jesús pobre y una vez más decididas a seguirlo en medio de nuestro mundo atrapado por el miedo, nuestro logo, con el mundo dentro del Corazón, cobra un nuevo significado. El Corazón de Jesús es lugar de refugio y acogida, asilo, lugar seguro, lugar de paz en el que desaparece todo miedo. Su Corazón está abierto a TODOS. Como una madre, tiende la mano al más débil y vulnerable, al minusválido físico y mental, al psicológicamente frágil, al adicto, al prisionero, al refugiado, al no deseado y no querido, a quienes sufren cualquier tipo de rechazo. Su Corazón *es* el corazón herido de la humanidad, traspasado por la injusticia y la opresión, aplastado por el repudio y la exclusión, clamando “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Unidas, en nuestra celebración del amor insondable e inagotable de Jesús preguntémosnos con toda sinceridad: ¿consideramos la invitación de seguir a Jesús pobre como un don precioso, inherente a nuestra vocación? ¿Ello nos llena de alegría? Nuestros esfuerzos de ser *para* los pobres y de *ser* pobres ¿están enraizados y plantados en el amor por El y por quienes llevan Sus heridas?

“María, mujer de fe en el Pueblo de Dios, permanece cercana a nosotras y a toda presencia de Jesús” (Constituciones #9). Ella acompañó el proceso de Su propio vaciamiento. Estuvo de pie en la cruz y no Le abandonó. Presenció cómo el soldado traspasó Su costado. Madre viuda, madre de los sin casa, Madre del condenado y ejecutado como criminal, Madre de los pobres, Ella nos acompaña con amor de madre. Que nos enseñe el sentido de su Magnificat, su sensibilidad hacia los necesitados, su constancia en acompañar a su Hijo hasta Su muerte.

No puedo encontrar un modo mejor para terminar esta reflexión, nacida de un corazón agradecido, que parafrasear las palabras de Pablo a los Efesios, la segunda lectura de la liturgia de nuestra fiesta:

Por eso doblo las rodillas en presencia del Padre, de quien toma su nombre toda familia en los cielos y en la tierra. Que El se digne, según la riqueza de su gloria fortalecernos por su Espíritu para establecer en nosotras la persona interior. Que Cristo habite en nuestros corazones por la fe. Que estén enraizados y cimentados en el amor. Que seamos capaces de comprender, con todos los creyentes, la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra que conozcamos el amor de Cristo, que supera a todo conocimiento. Y en fin, que quedemos colmadas de toda la plenitud de Dios. A Aquel que puede realizar todas las cosas, y obrar en nosotras mucho más allá de todo lo que podemos pedir o imaginar, a El la gloria, en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén

Con mucho cariño, su hermana que pide por ustedes y cuenta con su oración,

Clare Pratt, rscj  
Superiora General